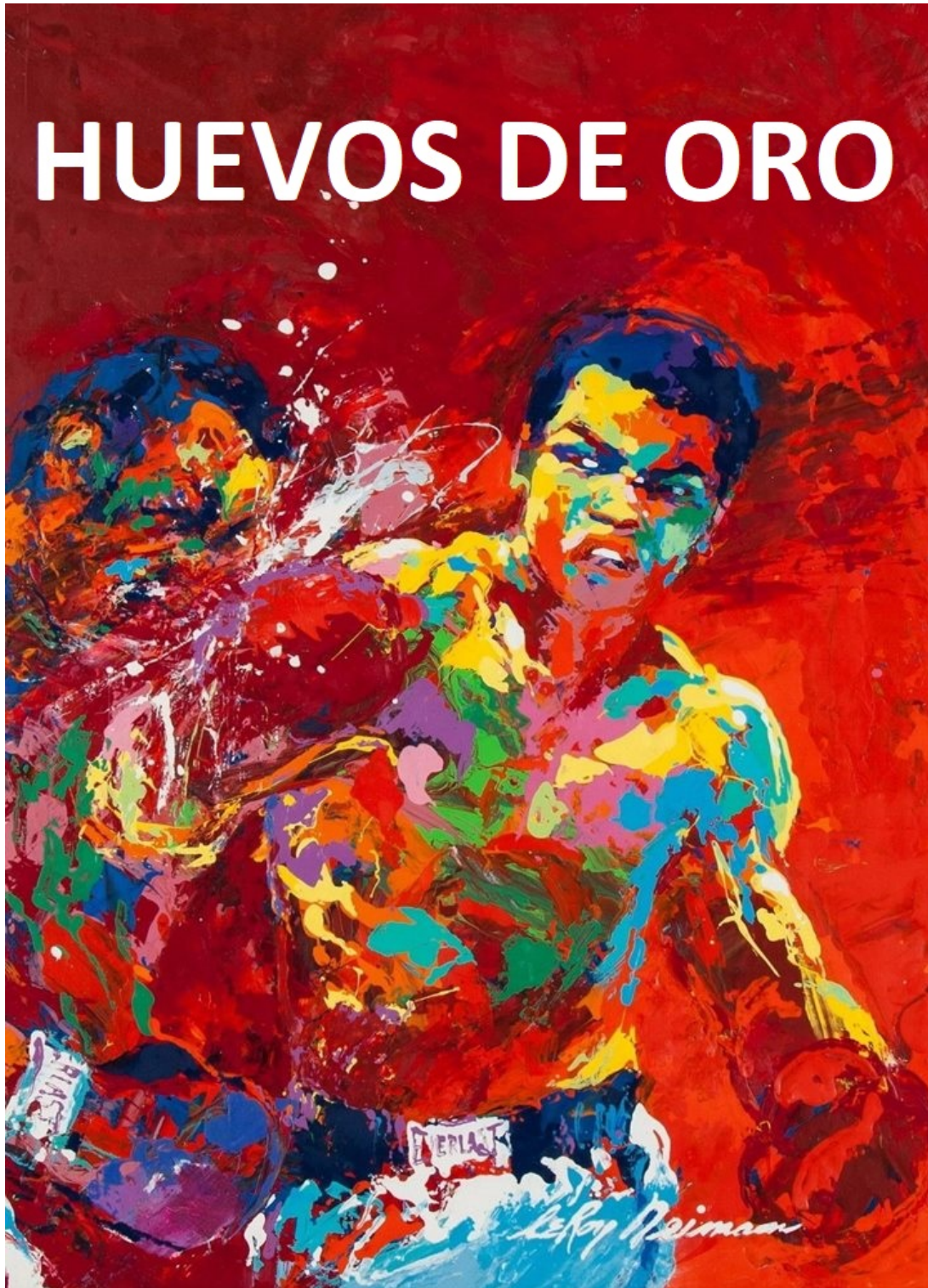


# Huevos de oro

Juan Sierra



## Capítulo 1

El chirrido de las llantas lo volvieron a traer en sí, lo sacaron de su profunda concentración. Un freno en seco y un golpe en la espalda lo sobrecogieron: habían llegado. Saltó de la parte trasera de la Ford F-100 que lo levantó una hora atrás en la ruta, se sacudió el polvo de sus muslos, movió su cabeza de izquierda a derecha, hizo traquear su cuello e hizo una seña a lo lejos de agradecimiento al conductor y su roñoso copiloto. La camioneta arrancó volviendo a llenar su cuerpo de polvo, tiró el cigarrillo y lo aplastó contra el suelo, inhaló profundamente, como intentando llenar ese vacío de su pecho, buscando en una bocanada de aire algo de coraje y fuerza necesaria. Observó el edificio en medio de ese desierto y se dirigió hacia la entrada, caminando aproximadamente cien metros a través del calor sofocante que deformaba la atmósfera del lugar y ese tórrido sol que le quemaba los hombros.

—¿Qué quieres? -le preguntó el guardia que custodiaba la entrada con un movimiento certero de cuello.

—Quiero entrar -contestó, mirando hacia arriba, fijo a los ojos, sin titubeo.

—Este no es lugar para nenas.

—Voy a entrar como sea, no estoy jugando.

—¿Y qué piensas hacer ahí adentro?, te comerán de un soplo. Mejor lárgate.

—Déjame pasar, sé lo que hago, y no tengo ningún otro lugar donde ir.

—Eres de los que viene acá a acabar con su vida.

—Soy de los que no da muchas explicaciones, ¿Cuánto está?, Déjame pasar.

—Adelante, moríte si querés, pichón.

El guardia golpeó con sus nudillos tres veces el portón. Una pequeña ventana a un costado se abrió y dejó ver unos ojos de pupilas dilatadas.

—Billy, esta nena quiere entrar- Dijo el guardia.

—¿Qué edad tienes? ¿Viniste sólo? -habló la voz de los ojos desde el otro lado de la puerta.

—Me están esperando adentro ¡Déjenme pasar!

—Ah, ya se quién eres. Adelante, déjalo pasar Claudio.

—Como quieras Billy.

La puerta se abrió, un aire pesado salió de un solo golpe por la puerta, el joven entró ignorando la sonrisa de aquel guardia que lo miraba por encima de su hombro irónicamente, cruzó el portón sin oscilar ni mirar atrás.

—Adelante, pasa. Casi no llegas -dijo Billy.

—No tenía un peso, tuve que esperar ...

—Cierra el pico y muévete. Entra en la puerta que queda a la izquierda, a mitad del pasillo

El joven caminó hasta el lugar indicado, y en ese recorrido por el pasillo oscuro y a media luz, escuchó el clamor de la gente, los chiflidos, los insultos, los gritos, como atravesando una cancha en pleno derbi. Entró en aquella habitación y se lanzó en un catre que encontró allí, luego una bolsa cayó junto a su cuerpo.

—Toma, usa esos vendajes, alístate que ya casi es tu turno. Ahora viene la persona que te asignaron. Ahí hay algo de arroz, por si tienes hambre. Cerró la puerta Billy al irse, y aun se escuchaba el clamor del público ansioso y sediento, lo que impedía una concentración plena y profunda. Se recostó completamente en el catre, miró el techo, su respiración se aceleró, estaba ansioso. Tuvo que levantarse de nuevo, sentarse, respiraba cada vez más agitado, como si le faltase el aire, el corazón lo sentía salir de su pecho.

—No vas a poder, cagón

—Cállate, déjame sólo, hoy no tengo ganas de escucharte

—No vas a poder, ya te lo he dicho, sos una gallina, y este mundo no está hecho para las gallinas

—Vete a la mierda, ¡Hijo de puta!, déjame en paz, ya no te soporto. Vete, sal de mi cabeza de una buena vez

—Comé, comé. Cométe ese arroz: puede ser el último bocado que te lleves al pico

En eso se abrió la puerta de un solo tirón, con un fuerte golpe que casi rompe el marco —Acá esta la persona que te asignaron -dijo Billy, señalando a un hombre que venía detrás suyo, agachando la cabeza y el tronco para poder entrar por la pequeña puerta. Uno ochenta de tez morena, dos anillos de oro, un mondadientes que jugaba en su boca, sombrero blanco que se sacó al entrar a la habitación para dejar ver su naciente alopecia, una camisa verde mal abotonada y un bigote sucio que aun guardaba esquirlas del almuerzo.

—¿Usted es Sánchez? -Preguntó aquel hombre.

—El de los huevos de oro- contestó, sin levantarse del catre.

—Mire que hay que tener huevos acá ¡eh!

—Dígame a qué hora me toca

—Lo veo muy pollo para serle sincero, hay mucha plata de por medio, y es uno jodido el que lo espera

—Ya estoy acá, no me voy a devolver, dígame a que maldita hora me toca

El tipo suspiró, lo pensó, miró a Billy, hizo un ruido desagradable al cubrir de saliva sus dientes con su lengua, guiñó el ojo izquierdo y sonrió.

—Acá están las espuelas, no querrá ser el almuerzo hoy de un comedor comunitario, ¿Verdad?

Puso las espuelas en sus talones, ese era el punto de quiebre, el momento

de no retorno, lo esperaba la gloria o la muerte. Aplicó un poco de talco en los dedos para detener la sudoración, se puso la capa y tapó su cresta rubia con la brillante capucha, un poco de agua en los ojos, y al espejo, a buscar el ímpetu que parece huir siempre en los momentos definitivos. Sale al pasillo con sus nuevos representantes. Respira, respira, agita sus patas, aprieta la mandíbula, se fija en los vendajes de sus tobillos, luego la mirada puesta en la luz al final del corredor, la cabeza siempre al frente, la bulla del público que se apodera cada vez más, con mayor fuerza, del recorrido a la arena. Llegan al final del túnel y entonces, como si se estuviese a punto de atravesar las puertas del infierno, se escucha el anuncio en un altavoz marcando la hora definitiva. Cruzan el umbral y el público se levanta en gritos y arengas. Es un ruido ensordecedor, todos de pie, en éxtasis, en deseo de sangre, revelando las pulsiones más profundas de la sevicia. No se diferencia los insultos de los halagos, todo allí es caos apasionado y solo está el pequeño sendero hacia el centro del coliseo. Miles de ojos puestos en la firmeza de sus pasos, no puede ceder, no puede mostrar miedo, no puede sentir miedo. Cruza las paredes del arenero, unos diez hombres rodean la plaza en los butacos del jurado, luego se saca la capa, hace que su cuello traquee nuevamente y ancla la vista en su oponente: es uno fino, uno grande, mayor que él, negro como la noche, como su destino, es el Negro Luis.

Presentaciones y formalidades pertinentes, algunos consejos al oído de aquel par de hombres que lo sostenían en su esquina, el público hambriento pide que comience el espectáculo en el cual invirtieron sus sumas y restas

—No vas a poder, Cagón, no tenés los huevos

—Sal de mi cabeza, que no te escucho

Y de golpe, el sonido de una campana cruza como un trueno todo el escenario, seguido de un “Al centro” que alguien grita. El plumero es impresionante, se hincha el pecho, los cuellos se estiran, se alargan, imponiendo majestuoso poder. Se produce el primer salto, expandiendo la lateralidad, en un movimiento ágil. Sánchez esquivo el primer ataque, luego ambos se abalanzan hacia el aire, como bombarderos, a picotear en los cielos. Las crestas se expanden, se exponen los colores y un montón de imprecisos ataques de lado y lado levanta las emociones del auditorio

—Movéte Hijo de Puta, movéte más rápido

—Vamos animal, dale con toda, mata a ese miserable.

Sánchez lo piensa mucho, está asustado, se mantiene erguido, pero duda, está a la defensiva. Uno por arriba, otro por abajo, dos más a las costillas, y uno al cuello que lo mandó a comer tierra por primera vez. —Dale, Sánchez, arriba, no seas gallina. Suenan entre el bullicio popular. Se levanta, pero pronto recibe un nuevo ataque, uno mucho más violento, luego se produce un movimiento brusco entre los peleadores, y sin saber cómo, Sánchez consigue una ventaja única, quedando sobre el lomo de su adversario, en su espalda; tres picotazos bien dados, y el primer sabor a



sangre en su boca. La masa se levanta en fervor, el éxtasis ensordece a los atletas que intentan enfocar su objetivo. El Negro Luis se reincorpora en el asalto y enviste con todo su cuerpo, ataca por todos los flancos, Sánchez no ve donde defenderse, de pronto un gancho en toda la frente y a la lona por segunda vez. El clamor del gentío exuberante florece como una margarita, —se fue, se fue, se fue, gritaban al unísono. Sánchez levanta su cuerpo, pero su cabeza aun sopla el polvo, su cuello no responde, su pico sueña con agua, está totalmente aturdido. Llega al medio del cuadrilátero el tipo de camisa verde, que para entonces ya había devorado trecientos mondadientes, lo levanta en sus manos, le golpea el cráneo

—Vamos hermano, hay mucha plata metida en esto, reaccione

—No vas a poder, ¡Cagón!, no te dan las piernas para levantarte, no tenés los huevos, sos una gallina- nuevamente esa voz aturdiendo los tímpanos de Sánchez, pero esta vez la voz funcionó como un estimulante, irguiendo con firmeza el cuello del peleador.

—A tierra y continúe macho, que el negro Luis está esperando -dijo su sparring, volviendo a la esquina.

Se reanudó la contienda, las plumas arrojadas por todo el terreno se teñían de sangre, iban y venían picotazos, los gritos de la audiencia eran incontrolables. Sánchez esquivo dos ganchos, lanza uno recto sin destino, otro, muy lento, el cansancio se apodera de sus patas, el negro Luis, en cambio, se mueve fluido, sabe mover sus piernas, es rápido; aprovecha un descuido de Sánchez y se eleva en el aire; Sánchez lo pierde de vista, está confundido. De pronto, de la nada siente un pinchazo, esta vez es uno certero: una espuela totalmente clavada en su hombro derecho, nada que hacer; se tambalea, se nubla la vista, el cuello no soporta el peso, cae y sus ojos se cierran.

Sánchez no escucha nada más después de caer al suelo, solo un pitido agudo que se apodera de su audición. Aún estaba con vida, tiene algo de fuerzas para abrir los ojos desde el piso y ve a todos corriendo en todos los sentidos. La gente había asaltado el cuadrilátero, corrían desesperados, al parecer nadie prestaba atención a la pelea porque nadie saltó a abrazar al negro Luis, ni a alzarlo en hombros. Todos corrían, una turba buscaba con desespero la salida. Sánchez, semi inconsciente y desde el suelo vio un par de tipos con uniformes, armados, desocupando el pabellón, gritando, algunos tenían cascos y escudos, otros portaban armas. No pudo ver nada más, algo tapó sus ojos, alguien había puesto una manta sobre él; primero sintió que lo levantaban del suelo, y luego la agitación de quien lo llevaba en sus manos; pensó que había escapado de la muerte y era una sensación reconfortante.

—Te sacaste la lotería ¡Cagón!, te sacaste la lotería. Diez segundos más y ese negro te hace mierda, estas vivo de milagro, te la dio con toda, ¿Dónde están ahora los huevos de oro que tenés?

